

con la separación completa; y Rosario gemía, gemía, sin saber qué partido tomar.

Al fin, cuando escucharon los gritos del tío Gerónimo, el mozo convino en que la chica resolvería tres días después.

Y pasaron las horas y los días, y se llegó el término fijado, y Rosario aun no concebía siquiera la posibilidad de abandonar á los suyos.

Julián se retiró una tarde, dos semanas más tarde, prometiendo no volver, rabioso por no haberla arrancado la promesa de la fuga.

Al verle partir, sintió deseos de cogerle, de atraerle á sí, de gritar, desesperada, con la pálida carita bañada en llanto. Imploró, llamó: él ni siquiera volvía el rostro: erguido, con paso firme, seguía caminando, envuelto en la polvareda que de intento alzaba con los pies.

Su figura se iba tornando más pequeña, más vaga. Cuando ya se perdía á lo lejos, cuando ella juzgaba inapelable la muerte de su amor, dejó caer la cabeza sobre las ma-

nos, sin llorar, sin quejarse, poseída de un dolor mudo que la devoraba.

En torno, la tarde lucía su esplendor: en el cielo limpio, irradiaba el sol, amarillento, cubriendo el paisaje invernal con su cabellera de oro.

Con los ojos enrojecidos por las lágrimas y los insomnios, casi enferma, siguió yendo al sitio en donde veía al mocetón; mas Julián no aparecía por ninguna parte: allá á lo lejos, perdíase la carretera polvorienta, dividiéndose apenas la taberna del tío Pedro, en donde él moraba en medio de risas de ebrios y de chocar de copas.

Por fin, una tarde nublada, en que la naturaleza parecía envuelta en un sudario gris, Rosario vió destacarse en la lejanía la figura de Julián. Ahogó un grito, y con los ojos muy abiertos, palpitante el pecho, desfallecida de emoción, esperó á su amado que, muy serio, con el grueso cigarro de *hoja* en la boca, se detuvo ante ella, saludándola.

Sin poder hablar, con los ojos húmedos, tendíale los brazos, amorosa, ebria de dicha.

—Eh, muchacha, vengo á saber si ya te decides . . .

Soplaba frío viento: escuchábanse los débiles rumores de la tarde, y los árboles, con el ramaje inclinado, susurraban melancólicos. La huertana, dolorosamente, miró la casita blanca, rodeada de naranjos y de flores, pobre albergue de su niñez; miró el huerto, florido, lozano, fresco, á un lado del cual corría la acequia, suspirando; miró el perrazo negro, que tendido en la yerba, no lejos de la escalera, alzaba hacia su ama la ancha testa: y, triste, con el rostro lívido y la voz ligeramente temblorosa, pronunció el sí ansiado.

El rústico amante dió un salto de alegría, y después de echar un palique, jurando mil promesas de amor, concertó con ella la fuga, despidiéndose instantes más tarde.

Rosario le vió ir, angustiada, y aun permaneció mucho tiempo ahí, en lo alto del muro, con la mirada perdida en el horizonte gris, no sabiendo si gozaba ó sufría, atormentada al pensar en lo inmenso del sacri-

ficio, que tendría por recompensa toda una existencia de amor.

Y había pasado el resto de la tarde y la noche entera, taciturna, muda; hasta que ahora, bajo el ramaje, contemplaba por última vez el hogar.

Todavía estuvo allí, sollozando quedo, muy quedo, reclinada en el tronco del árbol, un momento más. Cuando escuchó la voz de su madre, que la llamaba, limpió con el delantal sus ojos, y precipitadamente, se introdujo en la casa.

La señá Juana cerró la puerta de la salita y ya que volvió á la alcoba después de haber guardado la llave debajo de la almohada, arrodillóse al lado de su hija, y con voz gangosa masculló las oraciones de costumbre, delante de la imagen vieja y ennegrecida de un santo.

Pusiéronse en pie, y Rosario, avanzando hacia la vieja, recibió la bendición de ésta. Hizo un supremo esfuerzo para no llorar, cuando, estrechamente abrazada á su madre, la dió las buenas noches; y temió que el tem-

blor de sus labios la denunciara al ponerlos sobre las mejillas rugosas.

En seguida, ambas comenzaron á desnudarse: la joven se despojó del saco, de las modestas enaguas de percal y de las faldas de manta blanca; quitóse los gruesos zapatos que mal cuadraban con su diminuto pie, y se dispuso á entrar al lecho.

Estaba en camisa, dejando ver hasta la rodilla sus piernas delgadas, de admirable forma, que se perdían bajo la alba tela que permitía adivinar la amplitud de las caderas; sus pechos, erectos y robustos, amenazaban saltar el escote, en un desbordamiento de juventud. Subió á la cama, y toda aquella exuberancia de curvas, desapareció entre los pliegues de las sábanas.

La señá Juana apagó la vela de un soplo, y el cuarto quedó á oscuras.

No dormía; con la cabecita de negras crenchas apoyada sobre la almohada, esperaba el instante decisivo: el silencio y la negrura de la habitación inspirábanla más miedo que nunca: por las rendijas de la venta

na penetraban débiles rayos de luz, que la hacían comprender que la noche era clara.

De pronto, oyó los ronquidos de su madre, que abrumada de fatiga, entregábase sin temor en brazos del sueño.

Iba á levantarse ya, pero se detuvo: la in decisión la dominaba; fué un momento angustioso, en que sintió horror de su acción, en que experimentó simultáneamente, el sufrimiento que la ocasionaría el olvido de su amante, si se quedaba, ó la separación completa de la que la diera el ser, si emprendía el vuelo.

Debatíase en dolorosa lucha, vacilante, cuando escuchó un silbido dulce, amoroso, que parecía venir de muy lejos: era Julián que la llamaba.

Como impulsada por desconocida fuerza, incorporóse: lentamente, sin hacer ruido, apartó las sábanas, y descendió al suelo: al posar sobre los ladrillos sus pies descalzos, embargóla una sensación de frío que la hizo estremecer; y atrevida, tiritando, con las piernas al aire, dió principio á la tarea.

Avanzó con cautela hacia el lecho en don-

de dormía la señá Juana; el más insignificante rumor la turbaba; tendiendo los brazos á fin de no tropezar con los muebles, recorría el cuarto apoyando con cuidado en el pavimento sus pies pequeñitos. Al oír muy de cerca la respiración suave de su madre, que había dejado de roncar, comprendió que se hallaba junto á la cama. Posó una de sus manos sobre ésta, y á tientas, la introdujo debajo de la almohada. Tropezaron sus dedos con un objeto duro: era la llave; rebotando contento y miedo, la cogió, y, triunfante, oprimiéndola contra su seno.

En seguida atravesó la sala, encaminándose á la puerta: metió la llave en la cerradura, y afortunadamente, logró abrir sin chirrido perceptible.

Estaba realizado lo más difícil del plan: ahora, sólo faltaba escapar. Retrocedió en dirección de su lecho: asió con mano trémula sus ropas, en donde guardaba el poco dinero que había logrado reunir, y ya que estaba á un paso de la puerta, trató de volverse, atemorizada: el perro ladraba, enfurecido.

¡Ah! ciertamente que no había pensado en aquel contratiempo. Y ahora, ¿cómo escapar, si el can despertaría á todos con sus ladridos, excitado seguramente por Julián, que en ese instante asomaba al muro? Hubo de cobrar ese valor ciego que inspiran las situaciones extremas: abrió apenas una hoja, y así, desnuda, no precaviéndose ya del ruido, salió al huerto.

El perro se abalanzó á ella, dispuesto á herirla, mostrando sus afilados colmillos. Rosario le llamó en voz baja, muy baja, tan llena de dulzura, que el animal, al reconocerla, se echó á sus pies.

El aire que soplaba, fresco y puro, deslizábase sobre su piel, haciéndola sentir una caricia helada: temblando, comenzó á vestirse: se puso la falda y el saco, registró sus bolsillos, palpó el pequeño tesoro que ocultaba. Ya que iba á partir, detúvose un instante más, y paseó sus miradas en torno.

Todo dormía: la misma naturaleza parecía reposar en brazos del sueño: á intervalos, oíase el suspirar del ramaje, mecido por el viento, ó el gemido de las hojas secas al

caer; las aguas de la acequia corrían mansamente, cuchicheando, como si temieran turbar el silencio de aquella noche. Las gallinas permanecían acurrucadas, sin moverse. El borrico, echado allá, en el fondo del establo, respiraba satisfecho. Sólo á veces, atenuados por la lejanía, escuchábanse los ladridos de los perros.

La luna, bogando sobre el inmenso piélagó azul, esparcía su luz blanca sobre la pradera, y las aguas despedían opalinos reflejos. Muy lejos, casi escondido en la arboleda, dibujábase el campanario negruzco de la iglesia, con su pequeña linterna, cuya luz hacía palidecer el astro de la noche.

Con intensa emoción, anhelando reunirse con el bien amado, poseída de la alegría amargada por las lágrimas que inundaban sus ojos al abandonar el querido terruño, pedazo de su alma, se dirigió pensativa hacia la barda: cogió la escalera que tan buenos servicios la prestara en sus pasadas citas, y trepó hasta lo alto, desde donde se distinguía, semejante á interminable franja blanca, la carretera. Resonó á sus pies un ahogado gri-

to de gozo, y vió á Julián, que, con los brazos abiertos, la esperaba.

Entonces, ya no vaciló: sentía como si una fuerza desconocida la impulsara hacia él.

—Ven, ven

—Pero, ¿como bajar?

—Yo te recibiré en mis brazos

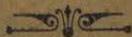
Palpitante, con el rostro un tanto pálido, presa de ligero temor, extendió un pié hacia el vacío, dejándose caer.

Desfallecida, Julián la apretó contra su pecho de atleta: todo su organismo de vagabundo criado sobre la yerba, entremeciase de deseo ante aquel tesoro de carne fresca y vírgen que estrechaba en sus brazos. La besó en los labios, con rabia, como si quisiera apurar hasta las heces las delicias que podían ofrecerle aquellos dos pétalos; la besó en los ojos, ávido de la voluptuosidad de sus miradas, é imprimió el halago de sus manos toscas sobre los pechos turgentes é inmaculados.

La luna, que asomó su lívida faz por entre las ramas, prodigóles las suaves caricias de sus rayos blancos.

Huyeron.

El perro aulló al otro lado de la tapia, y su gemido lastimero dejóse oír en la huerta, como triste presagio.



V

Las húmedas arenas de la margen, no volvieron á crugir al impulso de sus diminutos pies; el canto matinal de los sauces y de los fresnos, que inclinaban sus ramas sedientas hacia la corriente, no deleitó ya sus oídos, y los píos de los gorriones, que andaban á saltitos sobre el césped cubierto de rocío, no infundieron más en su alma aquella alegría bohemia que la inspiraba el deseo de vivir, de vivir mucho, de embriagarse en los mil encantos de la vega rumorosa.

Rosario había desaparecido.

Y la nueva cundió en la huerta con la rapidez de la vibración de la campana que llamaba á misa al amanecer del día siguiente.

En todas partes se comentaba lo sucedido: en la taberna del tío Pedro, abierta desde las siete, se refería el hecho á gritos, acompañando cada frase con sonoros puñetazos dados sobre las mesas. Los borrachines creían saberlo todo.

Toño, un furibundo adorador de Baco, de setenta años, de rostro del color del sol, afirmaba que él había profetizado el hecho desde hacía un mes, que en sus sueños de ebrio tuvo una revelación de lo que sería el futuro de Rosario.

Otro, un mozalbeta de veinte años, ancho de espaldas, de frente deprimida, exclamaba á grandes voces que la señá Juana era la culpable de todo por su ruindad, que la hizo decir, en cierta ocasión, que Rosario constituía una carga pesada; á lo que un vejete, escondido en el rincón más obscuro, arrebujado en su jorougo, replicaba, confesando á sus camaradas, cual si fuera un gran secreto, que la propia madre era quien había obligado á su hija á huir en brazos de Julián, no por mezquindad, sino por depravación.

Y esto lo murmuraba enarcando las ce-

jas, imprimiendo á su voz un timbre débil, beatíficamente, con fisonomía de apóstol.

Sólo uno de los asiduos parroquianos del tabernucho, se había quedado allá, apoyado de codos en su mesa, oyendo con sonrisa socarrona.

El tío Pedro, al considerar que todo aquello era una batahola de opiniones, deseoso de saber un juicio exacto, volvióse á donde estaba el mudo ebrio, diciéndole:

—Y tú, Chano, ¿qué piensas de todo esto?

—Pues que Rosario se largó porque así le vino á gana: y que todos ustedes, al estar inventando tal montón de embustes, son un rebaño de brutos.

Los admiradores del emancipado de la tierra, soltaron la carcajada al escuchar sus palabras: y los demás, los enemigos de Chano, el hablador más grande de todos los habidos, contentáronse con reir.

En ese momento pasó por delante de la taberna, con dos gordísimas gallinas en brazos, la señá Tomasa, la única que había logrado vencer en brava pelea á la madre de

la prófuga, según contaban. Todos se lanzaron á la puerta para llamarla; y ya iban á verificarlo, cuando la gordiflona campesina, comprendiéndolo todo, acercóse con paso apresurado, que hacía temblar sus pechos enormes, hinchados como botas de vino.

—¿Ya lo saben ustedes? Que Rosario se ha escapado.

—¡Pues mirén con lo que viene saliendo!

—¡Ah! ¿Querían enterarse de algo más? Entonces, allá va.....—Y tomando alientos prosiguió:

—Anoche, á eso de las ocho... Era muy temprano, ¿saben ustedes? Mi marido apenas comenzaba á quitarse los calzones para dormir...

—¡Y eso que nos importa, señá Tomasa! Que su hombre duerma en cueros, nos tiene sin cuidado.....—interrumpió el mancebo de la frente deprimida.

—Calma, calma, que todo se sabrá..... A eso de las ocho, como iba yo diciendo, escuchamos voces en casa de la señá Juana, que como ustedes no ignoran, está pared con pared con la mía: esto no era extraño, por-

que como mi vecina tiene una lengua incomparable, y no se piensa para armar el enredo más atroz del mundo....

—¿Y qué?.....

—Pero lo que sí nos aguzó el oído, fué el sonar de golpes y palos, y los quejidos de Rosario, y los ayes del tío Gerónimo. ¿Y á que no han averiguado lo que pasaba?

—No.... A ver....

—Pues que la bribona de mi comadre proponía á su hija que se fugara con Julián; mas como ella se negara, llena de hipocresía, la administraba sendos trancazos. Ustedes claramente comprenderán que eso no podía durar demasiado, por motivo de que la dulce Rosarito, que no se desdeña de hacer cochinas con los hombres, detrás de los matorrales, aceptó al fin, haciendo pucheros y dengues, la proposición de la grandísima pícara.... Y se fué....

Las mozas que se encaminaban al mercado, detuviéronse ante el umbral, formando corro. En torno de la narradora, veíanse rostros ávidos de saber lo acontecido, congestionados de curiosidad; caritas imberbes

de muchachas, que fingían ruborizarse al oír la crudezas de la señá Tomasa.

Ya comenzaban á marcharse, viendo que la vieja había puesto punto final á su relato, cuando aquella les impidió continuar su camino, gritándoles:

—Esperen . . . Esperen, que falta lo mejor . . .

Todos volvieron á sus puestos, empujándose, tratando de abrirse paso con los codos.

—Digo que falta lo mejor, porque la tímida Rosarito, á fin de vengarse de su madre, que la echaba á la calle, la robó, sí, la robó grandes cantidades de monedas, se rellenó los bolsillos con ellas, y la hubiese dejado como señor San Sebastián, con una mano delante y otra detrás, si el novio, satisfecho del botín, no la obliga á marchar.

—¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!—exclamaban los campesinos, con los ojos muy abiertos, espantados.

—Por supuesto que la señá Juana está dándose á todos los diablos del infierno; se arranca los pelos y vocifera como una condenada . . .

—¿Con que eso ha pasado, eh? ¡Palabra que ni siquiera me lo imaginé! . . . —decía Toño, acariciándose la reluciente calva.

—Bueno. Me voy, que se hace tarde,—dijo la señá Tomasa.

Destacándose de la niebla que ya empezaba á disiparse, vencida por el sol que momentos antes doraba las copas de los árboles, los huertanos observaron á lo lejos el burrito de la señá Juana, que seguido de su dueña, dirigíase á la ciudad.

Invadidos por el deseo de contemplar la miseria ajena, esperaron á que la madre de Rosario se acercase.

Pasó . . . Arreando al asno con paso firme, rostro sereno, un tanto pálida, nada se notaba en ella de la catástrofe.

Los borrachines gruñían hoscos, tapábanse la cara las mujeres para no verla y la señá Tomasa, procurando ocultarse tras de la gente, mostraba los puños á la hembra sin entrañas. Pero ésta, ni siquiera alzó la faz: con la mirada fija en la ciudad, que se veía en lontananza, envuelta en las brumas del ama-

necer, no se dió ó no quiso darse cuenta de la presencia de los curiosos.

—¡Ah, no hay duda: esa mujer tiene cara de asesina!

—Sí, merece la cárcel. . . .

—¡Infame, sin vergüenza!

Y todos, sin excepción, la juzgaban culpable. Hasta el propio Chano, antes mudo, injurióla cuando ya se perdía en la lejanía, llamándola desalmada.

Al tornar al huerto, por la tarde, cuando el crepúsculo incendiaba el cielo con fulgores rojizos, el recuerdo de su hija la torturó. Sentía en el pecho no la cólera que la producía aquella "mala acción" como ella la llamaba, no la tristeza del bien perdido, no el temor de ver algún día á la chica prostituída, rodando por el fango de las ciudades; sino una mezcla angustiosa de todo ésto, un dolor inmenso que la atormentaba, y que la contemplación de los objetos que la rodeaban, hacía más vivo: los árboles, las acequias, el río, aún el mismo cielo, imprimían en su mente, con mayor relieve, el recuerdo de Rosario.

Cuando pasó delante de la taberna, miró con ojos de fiera traicionada al grupo de ebrios que disputaban.

Y se alejó: su figura vigorosa, de mujer criada al lado de la tierra, perdióse en las sombras que ya invadían el camino. A menudo, asomaban á los ventanillos de las casas, cabezas curiosas de labriegos que la examinaban con descaro, anhelando sorprender en su fisonomía algo que les revelara la verdad.

Empujó la puerta. No estaba echado el cerrojo: ¿para qué? si la paloma había volado.

El tío Gerónimo hallábase ahí, en el arriate del naranjo en donde solía referirla cuentos, de cara al sol, que había muerto ya, tras de las arboledas.

La señá Juana, arreando al burro que trotaba diligente rumbo al establo, se acercó al viejo.

—Gerónimo. . . .

Pero el pobre tío dormía, con la cabeza ligeramente caída sobre el pecho, y el nudoso bastón á sus pies.

—Gerónimo,—repitió, tocándole en el hombro.

Se despezó, alargando los brazos, en tanto que de sus labios brotaba un prolongado bostezo.

—¿Qué quieres, sobrina mía? ¿Has encerrado ya á las gallinas?

Y restregándose los ojos, cuando vió que la seña Juana inclinaba el rostro, poseída de un dolor mudo.

—¡Ah! si no está ya . . . —murmuró con voz amarga, en tanto que de sus ojos sombreados por gruesas pestañas grises, desprendíanse dos lágrimas, que se deslizaron, tropezando con las arrugas, hasta caer sobre el perro, que dolorido también, mitigaba su tristeza de bestia, á los pies del viejo.

Y cenaron, más bien, simularon cenar; los alimentos se quedaban intactos en el plato porque no podían pasar de la garganta, anudada por las lágrimas.

El tío Gerónimo lloraba en silencio, procurando ocultar el llanto á su hermana, que, seria, impasible, con el rostro un poco contraído, recorría la cocina de una pared á otra,

como antes, arreglándolo todo, poniendo las vasijas en su lugar, sin olvidarse del perro, que, echado en uno de los rincones, lanzaba gruñidos de mal humor, negándose á engullir las jugosas sopas que le servían,

Luego, se dirigieron á los aposentos. La seña Juana, fiel á su costumbre, contó el dinero de la venta, guardándolo en el apollado armario de nogal, é inconsciente, arregló la cama de su hija, cual si ésta se hallase ahí.

Apagó la luz.

Ambos intentaron conciliar el sueño; imposible; revolvíanse en el lecho, con los ojos abiertos. Por fin, la pálida claridad del alba atravesó las ventanas por las hendiduras. El anciano dormía ya, con respirar fatigoso; la mujer se levantó: la vida continuaba su curso, como siempre, austera, monótona, fría.





IX

Las golondrinas que partieron en la época de la huida de Rosario, perseguidas por los helados airecillos del invierno, habían tornado de nuevo, atraídas por el ambiente tibio de la primavera, á los mismos nidos que abandonaran colgados de las cornisas y entre las vigas carcomidas del establo.

Ninguna transformación habíase efectuado en la casita que se escondía en la espesura del follaje; todo estaba en el mismo sitio: el naranjo, el gallinero, los cuadros de le-
gumbres.

El tío Gerónimo, intransigente en todo lo que atañer pudiera á los hábitos de su vida,

comía á la misma hora, dormía á pierna suelta, fumaba sus inverosímiles cigarros de hoja con pasmosa regularidad, y bebía á sorbitos pequeñas copas de tequila, no en la ventana, como en otro tiempo, á causa del temor que le inspiraban las miradas curiosas de la gente, sino en el arriate, á la puerta de la casa, observando con ojos tristes la dilatada vega que se extendía ante él, silenciosa, tranquila; escuchando el respirar angustioso de la tierra fecudada á toda hora por la mano del hombre.

Las únicas alteraciones visibles que en el viejo se notaban, era que sus achaques cada día le hacían padecer más, que la mirada de sus ojos apagábase lentamente, obscurecida por la niebla del tiempo, que de parlanchín famoso habíase tornado grave, y que procuraba evitar, á todo trance, el trato de los seres que en nada podrían influir en la marcha de su existencia presente.

La seña Juana, encerrada en su tristeza, devoraba á solas sus penas, sin confesar á nadie lo que sentía, sin reclamar el auxilio del consuelo ajeno. Nunca hablaba de Rosa-

rio. Desde el día de la fuga, jamás volvió á salir de su boca el nombre de la hija ausente. Una vez, al anochecer, hallábanse ella y su hermano en la cocina, ocupados en mondar una docena de duraznos, con el fin de hacer un tarro de dulce, cuando de repente, al tío Gerónimo se le escapó una frase.

—¡Qué sabroso era el dulce de Rosario!

La seña Juana continuó con la cabeza baja, con el pequeño cuchillo en la mano, cortando la cáscara, que caía en largas tiras sobre la cazuela que tenía en sus rodillas. Pero como el viejo insistiera, ponderando con voz lacrimosa las excelencias del dulce de Rosario, la campesina se puso en pie, irritada; arrojó el trasto sobre la mesa, y lanzando al tío una mirada dura como el acero,

—Nunca mientes en mi presencia á esa canalla, —dijo.

Y salió al huerto con apresurado paso, la frente inclinada, contraídos los labios. El recuerdo de la joven la atormentaba á toda hora, de día y de noche, haciéndola experimentar el dolor de su ausencia; á veces, cuando en su corazón dominaba el afecto mater-

nal, casi estaban á punto de brotar las lágrimas de sus ojos; mas de pronto, vencía en ella la cólera, el despecho producido al considerar la obra de su hija, y el rencor suplía al cariño, la frialdad al llanto.

Lentamente enflaquecía: las arrugas de su rostro, ahondaban más; los pómulos, salientes, lívidos, anunciaban la vejez prematura que clavaba en la huertana su garra despiadada. Y á medida que se hacía vieja, tornábase hosca, agria: jamás volvió á cambiar un saludo con las vecinas, y las puertas de su casa permanecieron cerradas para todos, á excepción del padre vicario de la iglesia cercana, que todos los sábados, después del rosario, cuando anochecía, encaminábase al huerto silencioso.

Era el padre Matías un hombre como de sesenta años, trigüeño de color, de abultado vientre, ni agudo de ingenio ni tonto de caprote, bonachón, casi ignorante, pues apenas si sabía mascullar latines, decir misas ó cantar letanías con voz gangosa. Era generalmente querido de todos los labriegos, por su carácter conciliador y apacible, lo que in-

fluía poderosamente para que se le nombrara árbitro en las cuestiones que se suscitaban en toda la inmensidad de la huerta.

No había campesino á quien no visitara, ni muchacha casadera á quien no pusiera roja como amapola con sus chanzonetas relativamente picantes; pero el hogar que frecuentaba más era el de la seña Juana, sobre todo, desde la fuga de Rosario.

—Ella tornará, yo te lo ffo. María Santísima es la encargada de volver al redil á las ovejas descarriadas, —decía á la huertana.

—Pero si yo no quiero que vuelva, señor: las hijas ingratas, deben olvidarse. . . .

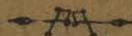
—No, no. . . . Eres su madre, y obligación tienes de recibirla cuando se acerque á tí. . . .

El tío Gerónimo, al escuchar las frases consoladoras del vicario, suspiraba. Estaba convencido de que la sobrinita jamás regresaría, ó que si llegaba á hacerlo, sería en tiempo lejano, cuando él durmiera el sueño eterno en la tierra, allá, muy lejos, en el pobre cementerio de la ciudad.

—¡Ella no volverá nunca, señor vica-

riol—exclamaba.—Es un pájaro que voló para siempre . . .

Y los tres quedaban allí, ensimismados, tristes, hablando siempre el sacerdote y el tío del mismo asunto, de la ausente, hasta que rasgaba el silencio el toque de oración, y aquel, envuelto en su sotana, marchábase con paso tardo, anunciando la visita del sábado siguiente.



X

Bajo el cielo de color gris sucio, que apenas dejaba pasar á través de sus nubes una claridad lívida, extendíase la huerta, solitaria, pobre esclava del invierno. Las arboledas que en primavera lucieran la pompa de su follaje, erguíanse ahora amarillentas, cual fantasmas, destacándose sobre el fondo plomizo del espacio.

La señá Juana abrió la puerta, y estremeciéndose de frío, arrebujóse prontamente en el rebozo. Los achaques propios de su edad y las rudas faenas del campo, desempeñadas por ella sola desde hacía más de un año, la habían envejecido: ya no era la mujer de brazos férreos, musculada cual un varón.

Comenzaba á declinar lentamente, y tenía miedo á diciembre, que entristecía su alma con los días sin sol, y helaba su cuerpo con las rachas impetuosas.

Vaciló antes de salir: el agua que aun quedaba de la lluvia del día anterior, estancada en los trastos esparcidos por el suelo, hallábase congelada; las plantas inclinaban sus hojas mustias, yertas de frío; y aun en la superficie de la acequia, flotaba una sutil capa de hielo.

La vieja no se decidía á abandonar la alcoba tibia: miraba con ojos tristes su propiedad, y decía dolorida á su hermano, que había despertado ya:

—¡Ay, Gerónimo! Ha helado... Hace mucho frío... ¿Qué dices, saldré?

—No es preciso, mujer, será más tarde... Quédate.

Ya iba á seguir el consejo, cuando pensó en el deber: á toda costa debía trabajar. Tal era su sino, y jamás podría rehuir á la fatiga.

Avanzó, cerró la puerta tras sí, é internóse en el huerto: cortaríala nada más que lo

necesario para la venta en el mercado, y en seguida emprendería la marcha á la ciudad.

El jumento la miraba por encima de los travesaños de la puerta de su cuadra, arrojando humo por el hocico. El perro la seguía, tiritando, con la cola agitada por movimientos convulsivos.

Hallábase entregada en cuerpo y alma á su tarea, cuando escuchó á lo lejos, allá, hacia el camino, gritos de alguien que la llamaba.

—¡Señá Juana! ¡Señá Juana! Salga, que le conviene.

Reconoció la voz de Bonifacio, el muchachote de veinte años, hijo de una de las comadres, y á paso lento fué á abrir la puerta.

—Voy á darle una buena nueva,—dijo el mozo con voz sofocada.—He corrido mucho para ser el primero... Ya no llorará usted más por Rosario.

—¡Ah! ¿De Rosario se trata?—interrogó, volviéndole la espalda.

Y al ver el joven que eran vanos sus esfuerzos por detenerla,

—¡Rosario ha vuelto!—gritó.

—¡Cómo! ¿Ha vuelto?—exclamaba la vieja, con la faz descenajada, tornando junto á Bonifacio.

—Sí, como usted lo oye. Acabo de saberlo por Mauro, el hortelano de allá abajo, que hace un momento llegó de León. Dice que ayer la encontró en camino para acá: que la conoció, no osando hablarla....

La señá Juana le escuchaba con los ojos dilatados, anhelante, sobrecogida por ligero temblor.

—¿Y nada más ha contado?

—Sí: que está hecha una miseria, que da lástima verla... Corra' usted á recibirla. Quizá ella no se atreva á llamar á su puerta.

Permaneció breves instantes pensativa, con la angustia pintada en el semblante. Luego, mirando fijamente al mozo, dijo:

—¿Yo á recibirla? ¿Yo, una mujer honrada? No me conoces.

Y se coló en el huerto rápidamente, dejando al campesino con un palmo de narices.

La noticia del regreso de Rosario recorrió la vega en un instante, de boca en boca,

comentada, llena de asombrosos detalles, de mil exageraciones, parecida á cuento fantástico.

En la taberna, en donde desde hacía un año no se hablaba del asunto, la vuelta de la prófuga era el suceso del día, y los parroquianos asiduos, en unión del zorro del tío Pedro, referían mil incidentes imaginarios, entre ellos, una espeluznante tragedia con la que habían tenido fin los amores de Rosario y Julián.

Durante el día, no faltó gandul impertinente ni comadre curiosa que rondara el huerto de la señá Juana: iban y venían por el camino, simulando indiferencia, mientras que con el rabillo del ojo escudriñaban la morada sombría; ó bien, husmeando por los terrenos limítrofes, asomaban la cabeza por entre setos y carrizales, conteniendo el aliento, tendidos de barriga.

Mas, no obstante sus minuciosas pesquisas, nada pudieron sorprender que alterase la vida monótona de aquella modesta mansión: reposaba junto al naranjo, envuelto en gruesa frazada, el viejo, lo mismo que el pe-

rrazo negro que dormía á sus pies; las gallinas picoteaban en el basurero, en tanto que un gallo de plumas multicolores cacareaba en lo alto de una pila de estiércol que humeaba, cual sultán triunfante, satisfecho de su tiranía en el serrallo.

Súbitamente, se pasó del día á la noche, sin crepúsculo, sin celajes: la claridad opaca, fué substituída por la sombra.

Los huertanos, furiosos, se metieron en sus casas, abrigando la vaga esperanza de ver llegar á Rosario al día siguiente; porque, como ellos decían, no era justo que después de haber perdido doce horas de labor, por contemplar el tan deseado acontecimiento, la muchacha no tornase.

Después del toque de ánimas, ningún ruido turbó el sueño de la huerta. El paisaje invernal, desaparecía, arrebuñado entre los pliegues oscuros del peplo de la noche: ni una estrella se veía en el espacio; las nubes paseaban sus moles inmensas, dejando caer, á veces, una lluvia fina, menuda, que calaba los huesos.

Hacía frío, intenso frío: el viento silbaba,

azotando el seco ramaje, estrellándose contra las paredes de adobe de las casas, y gimiendo al chocar contra los muros agrietados de la iglesia, que elevaba su ancha silueta misteriosa, confundida casi con la obscuridad del cielo.

Aterida, cubierta de harapos, apretando contra su pecho al pequeño fruto de su desgraciado amor, caminaba fatigosamente por la orilla de la carretera la pobre amante abandonada.

Iba sola; el niño dormía en sus brazos, envuelto en los restos del rebozo, llorando cuando una racha de aire helado le despertaba. — A veces, la luz de un relámpago iluminaba su carita demacrada y pálida; entonces la mujer suspiraba, mirando á todas partes, en busca de un refugio en donde guarecer á su hijo, libertándole de las crueldades del invierno; mas nada descubría: infinito horizonte negro extendíase ante ella; masas de árboles se elevaban á ambos lados del camino: pero ni un techo, ni un rincón que les librara del viento y de la lluvia des-

pladada, ni una frase de afecto que la diera fuerzas para proseguir el camino penoso, ni una mano caritativa: noche, noche eterna, soledad mortuoria.....

La casa no estaría lejos: pero Rosario anhelaba y temía llegar á ella: en ocasiones apretaba el paso, ansiando alcanzar el término del viaje; mas luego el pensamiento de la madre iracunda, la vergüenza de arrodillarse á sus pies, la detenían, y con las lágrimas en los ojos, temblorosa, quedábase como clavada en el suelo, hasta que un quejido del pequeño la despertaba de su dolorosa inmovilidad, y proseguía la marcha.

A eso de la media noche, se paró ante la puerta del huerto.

El corazón le palpitaba como si quisiera salirse del pecho, y experimentaba tal desfallecimiento y angustia, que hubo de sentarse en el umbral, no atreviéndose á llamar.

Un ruido de maleza ó el aletear de un pájaro en las ramas, la sobrecogían de espanto, haciéndola volver á cada instante el rostro, creyendo distinguir en las puertas de las rústicas moradas las caras mordaces, que se bur-

laban de su deshonra y de su miseria.—Justamente por ese motivo, había preferido llegar en la noche: temía á la luz, porque la exponía á las miradas curiosas de todos; acogíase á las sombras que la ocultaban.

Llamó al fin. Primero quedo, muy quedo; embargábala el temor de arrancar á su madre del sueño.

Nadie respondió, y entonces, lo hizo más fuerte y repetidas veces.

Ni una palabra, ni un grito, rompió el fúnebre silencio de la noche: silbaba el viento y suspiraban los árboles, y el corazón de Rosario henchíase de amargura ante el mutismo de la mansión de su niñez.

Llovía: el caer del agua sobre las hojas secas, semejábase á un interminable lamento.

El niño lloró. La infeliz madre acarició su cuerpecito anémico; estaba yerto.

Volvió á coger el aldabón, dejándolo caer varias veces, desesperada, casi rabiosa.

—¿Quién? ¿Quién es?—preguntaron desde el interior.

Conoció la voz de la seña Juana, acerada, enérgica. Casi se vió tentada á correr; pero

permaneció de pie, firme, allí, ante el umbral que en breve franquearía.

—¿Quién llama á estas horas?

—Yo . . . —respondió débilmente.

Sintió que alguien la examinaba á través de las rendijas; después, vió asomar una cabeza negra por encima de la barda; y el ruido de pasos que se alejaban, repercutió en su pecho, tristemente: fué el desvanecimiento de una esperanza acariciada por largo tiempo, la certeza de que el perdón era imposible. La puerta estaba cerrada.

Sollozando, volvió á sus pasos, internándose en las tinieblas.

Gemía el viento; suspiraba el ramaje; helado aire barría la campiña.



XI

Era sábado. Continuaba cayendo la lluvia, lenta, monótona, produciendo su melancólico retintín en los ramajes desnudos de hojas. Por la mañana, hacia las diez, los rayos amarillentos de un sol pálido, descendieron sobre la huerta enfangada, reflejando su luz mascilenta en el cristal opaco de las charcas: pero las nubes marchaban por el cielo sin cesar, amontonándose, amenazadoras, de color plomizo. Y el sol se ocultó tras del sudario sucio: desaparecieron los rayos que semejabán doradas flechas, y la huerta yació de nuevo en aquel piélagó de claridad indecisa, triste como mirada de agónico.

Volvieron á golpetear las gotas sobre los techos musgosos; la desolación de la mañana sin sol, acentuábase más por aquella lluvia pertinaz, sin truenos, sin rayos.

La inmensa vega extendíase hasta los confines del lejano horizonte, silenciosa, sin un ruido, sin un gorjeo, sin un canto, con sus masas de árboles enfermos.

Por la carretera solitaria, llena de lodo, transitaban de vez en cuando los labriegos, con los calzones recogidos hasta la rodilla, los rudos pies cubiertos de barro, chorreando agua, tiritando.

Guarecida bajo de un árbol, una vaca estiraba su cuello delgaducho, raquítico, bramando.

Allá, á lo lejos, escuchábase el rumor del río cuyo caudal había sido aumentado por la tormenta.—Y los campesinos, en los rincones de sus chozas, miraban por la ventana el cielo, que, implacable, continuaba derramando agua, mucha agua, como si quisiera inundar la huerta.

La puerta de la señá Juana, aun permanecía cerrada á piedra y cal, á pesar de ha-

ber sonado ya las doce del día. Era la primera vez que la vieja dejaba de asistir al mercado, cosa que notaron los vecinos con gran sorpresa, preguntándose si estaría mal de salud, ó si Rosario habría vuelto durante la noche; lo que se resistían á creer, jurando que no eran tan bestias para que una moza cualquiera viniera á engañarles como á unos chinos.

Entre tanto, ajena á tal curiosidad, la señá Juana, con gran asombro de su viejo hermano, reposaba en un rincón de su morada, mustia, sin pronunciar palabra, con los ojos fijos en el pavimento.

Tenía la firme convicción de haber obrado bien, al no franquear la entrada de su casa á la hija que la abandonara, huyendo en brazos de un amante brutal; mas no podía reprimir una secreta tristeza al pensar en lo que haría ella, sin hogar, sola, sin honra.

El tío Gerónimo, que oyera los aldabonazos de la noche anterior, la dirigía preguntas con aire de sospecha.

—No sé qué raro presentimiento me asalta. Esos golpes dados en la puerta.....